

El duque de Marlborough hizo frente con frecuencia á la muerte. Se enriqueció, y dejó millón y medio á sus descendientes para que lo malgastaran. El duque era hombre avaro. Dicese que reprendió á su sirviente por encender cuatro velas en su tienda de campaña, cuando el príncipe Eugenio fué á verle para tener una conferencia antes de la batalla de Blenheim. Swift dijo del duque: "Apuesta, á que en todas sus campañas no se ha sabido que haya perdido su equipaje." Pero esto sólo probaba su habilidad de general. Cuando estaba enfermo y débil en Bath, se dice que se iba á pie desde las piezas hasta su alojamiento para ahorrar seis peniques. Y con todo esto podría ser disculpado, porque quizás fuera á pie para hacer ejercicio. Se sabe positivamente que dió mil libras esterlinas á un soldado joven y meritorio que deseaba comprar el grado de oficial. Cuando se le recordó á Bolingbroke una de las debilidades de Marlborough, contestó: *Era un hombre tan grande, que olvidé que había tenido ese defecto.*

No es una deshonra ser pobre. El elogio de la pobreza honrada ha sido hecho á menudo. Cuando un hombre no se quiere doblegar para obrar mal, cuando no se quiere vender por dinero, cuando no quiere cometer un acto deshonroso, entonces es honrosísima su pobreza. Pero no es pobre el hombre que puede sostenerse, y economizar algo. Aquel que paga al contado todo lo que compra, no es pobre, sino que está bien. Se halla en una condición más afortunada que el caballero ocioso que contrae deudas, y que es vestido, calzado y alimentado á costa de su sastre, zapatero y carnicero. Dice Montesquieu, que un hombre no es pobre porque no tenga nada, sino que es pobre cuando no quiere ó no puede trabajar. El hombre que puede y que quiere trabajar, está en mejores condiciones que el hombre que posee mil coronas sin la necesidad de trabajar.

Nada aguza tanto el ingenio de un hombre como la pobreza. Por eso muchos de los hombres más grandes han sido pobres en su origen. La pobreza purifica y protege á menudo la moral de un hombre. Para personas de ánimo son generalmente las tareas difíciles las más gratas. Si podemos confiar en el testimo-

nio de la historia, son los hombres valientes, verídicos, y magnánimos no en proporción á su riqueza, sino en proporción con la pequeñez de sus recursos. Y los mejores son á menudo los más pobres suponiendo siempre que tienen lo suficiente para hacer frente á sus necesidades temporales. Un teólogo ha dicho que Dios ha creado la pobreza, pero que no ha creado la indigencia. Y ciertamente que hay una gran diferencia entre las dos cosas. Mientras que la pobreza honrada es honrosa, la indigencia es humillante, porque la última es en su mayor parte el resultado de mal manejo, y frecuentemente de la holgazanería y de la embriaguez. La pobreza no es ignominia para aquel que puede vencerla; pero el que deja que se caliente en su mano el bastón de mendigo, jamás hará nada bueno, pero sí muchísimo malo.

Los pobres son á veces las personas más felices, mucho más que los ricos; pero aunque pueden ser envidiados, nadie querrá tomar voluntariamente su puesto. Moore ha referido la historia del déspota oriental, hartado y satisfecho con exceso, que envió un mensajero para que viajara por el mundo, en busca del hombre más feliz. Cuando le encontrase debía el mensajero apoderarse de él inmediatamente, quitarle del cuerpo la camisa, y llevársela al califa. El mensajero encontró al hombre más feliz en un irlandés, dichoso, bailando, y haciendo molinetes con su bastón. ¡Pero cuando el embajador le hubo cogido y quiso desnudarle, encontró que el irlandés no tenía camisa!

La parte de Agur es incuestionablemente la mejor: "Alejad de mí la vanidad y la mentira; no me deis ni indigencia ni riquezas; alimentadme con alimentos que me sean convenientes." La desigual distribución de la índole para ser feliz, es de mucho mayor importancia que la desigual distribución de la riqueza. La predisposición á estar contento y satisfecho, dijo David Hume, es por lo menos igual á una renta de mil libras esterlinas al año. Montaigne ha observado que la fortuna otorga muy poco. El bien ó el mal humano no depende de ella. No es más que la semilla del bien, que el alma, infinitamente más fuerte que la riqueza,

la cambia y la aplica como quiere, y de ese modo es la única causa de una indisposición feliz ó desgraciada.

Inglaterra es célebre por sus caridades. Declara Guizot que nada hay en este país que tanto llene de asombro el espíritu del extranjero, sobre nuestros recursos, y de admiración de nuestro uso de ellos, como los monumentos de donación libre elevados por todas partes para el alivio de multiformes sufrimientos. El filántropo del país, que ve un poco más adentro que el extranjero, puede estar dispuesto á considerar con otro aspecto los efectos de regalar dinero. Que la caridad produzca un bien puro, es muy discutido. La caridad, lo mismo que los hombres, es algunas veces ciega, y frecuentemente descaminada. Á no ser que el dinero sea discretamente distribuido, hará muchas veces más daño que bien. Si la caridad pudiera ayudar ó elevar á los pobres, sería ahora Londres la ciudad más feliz del mundo: porque se gastan en caridad unos tres millones en dinero, y uno en cada tres de la población de Londres son auxiliados por las instituciones de caridad.

Es muy fácil reunir dinero para la caridad. Las listas de subscripción testifican constantemente el hecho. Á un hombre rico le pide dinero alguna persona influyente. Es muy fácil darlo. Ahorra tiempo para darse. Es considerado como un deber religioso el darlo. Sin embargo dar dinero sin reflexión, darlo sin consideración cómo va á ser usado, en vez de ser para el bien de nuestros semejantes, puede ser que resulte á veces ser el mayor perjuicio que pudiéramos hacerlos. La verdadera beneficencia no consiste en dar dinero. Ni pueden tener otro efecto las donaciones caritativas hechas indistintamente á los pobres que minar los cimientos del respeto más propio, y demoler los mismos baluartes de la virtud. Existen muchas formas de beneficencia que crean cabalmente los males mismos que se proponen curar, y estimulan á las clases más pobres el hábito de dependencia de la caridad de los demás, en descuido de aquellos medios más sanos del bienestar social que están á su alcance.

Uno se imaginaria que tres millones de libras esterlinas al año serían suficientes para remediar toda la miseria verdadera

que existe en Londres. Sin embargo, sigue aumentado la miseria, á pesar de todo el dinero que se gasta en ello. El dinero que se gasta en caridad ¿no creará la miseria que alivia, además de crear otras miserias que deja de remediar? Las personas no educadas y holgazanas no se esfuerzan por conseguir un medio para vivir, cuando tienen la esperanza de obtener su mantención sin esfuerzo de su parte. ¿Quién va á ser frugal y previsor, cuando la caridad ofrece todo lo que puede proporcionar la frugalidad y la previsión? ¿No tiende á minar los verdaderos cimientos de la energía y la confianza propia el regalo de las ventajas, comodidades y recompensa de la laboriosidad? ¿No es muy á propósito la circunstancia de que la indigencia es la única calificación requerida de parte de quien suplica á la caridad para tener á las personas hacia el goce propio, la disipación, y aquellos modos de existir que los conservan indigentes?

Los hombres que no quieren luchar y esforzarse son los primeros en ser socorridos. La peor clase de personas recibe comodidades; mientras que el hombre trabajador y que se mantiene á sí mismo, que desdeña recurrir á la caridad, está obligado á pagar contribuciones para sostener á los ociosos. La caridad extiende su mano á la parte más corrompida de la sociedad; rara vez busca, ó ayuda, á los que luchan y á los honrados. Como dice Darlyle: "¡Oh, mis sorprendentes y benévolos amigos! que jamás pensáis en tener que hacer algo con el material mientras continúa sano; que lo violentáis y estiráis con nuevas contribuciones hasta que tiene que ceder y declararse corrompido; y entonces os abalanzáis vehementes sobre él, y decís: ¡Ahora vamos á tratar de hacer algo bueno con esto!"

La caridad que sólo consiste en dar, es una satisfacción estéril, á veces un vicio vano. El mero dar dinero nunca llenará la obra de la filantropía. Como lo ha dicho un escritor moderno: "Los crímenes de los virtuosos, las blasfemias de los píos, y las locuras de los sabios, apenas llenarían un volumen más grande que las crueldades de los humanos. Una gran parte

de la ocupación de los sabios de este mundo ha sido neutralizar los esfuerzos de los buenos.

“Las caridades públicas, dijo el difunto lord Lytton, no son muy á menudo sino un dividendo á la indolencia y al vicio público. ¡Qué lección sombría de la falacia de la sabiduría humana arroja dentro del corazón este conocimiento! ¡Qué despilfarro de los materiales de benévolas simpatías! ¡Qué perversión pueden causar los errores individuales, hasta en las virtudes de una nación! ¡La caridad es un sentimiento caro al orgullo del corazón humano, es una emoción aristocrática! Mahoma dió una prueba de profundo conocimiento de sus semejantes cuando permitió el vicio más difícil de dominar, la licencia sexual, y estimuló la virtud más fácil de practicar, la caridad (1).”

Hay sacerdotes en Londres que dicen que la caridad obra en contra del crecimiento de la religión entre el pueblo. Dice el reverendo Stone: “Es una visita importuna para los pobres quien lleva la Biblia en una mano, si no lleva un pan, una colcha ó un chelín en la otra. Y no es de extrañar. Con el actual sistema de auxilios caritativos han sido *fomentados* en este espíritu carnal; han sido justificados en esas egoístas pretensiones. En vez de habérseles dejado que aprendiesen la lección grande y saludable de la previsión, de que hay una trabazón forzosa entre su conducta y su condición, se les ha enseñado con este sistema artificial, que la indigencia es *por sí misma* lo suficiente para constituir un derecho al socorro. De esa manera han sido estimulados en la imprevisión, la inmoralidad, el dolor y la hipocresía.”

Los filántropos más verdaderos son aquellos que se esfuerzan por evitar la miseria, la dependencia y la destitución; y especialmente aquellos que facilitan activamente á los pobres á ayudarse á sí mismos. Esta es la gran ventaja de la *Sociedad de Mujeres de la Misión parroquial* (2). Se ponen en estrecha comunicación con el pueblo en las diferentes parroquias de Londres, y se esfuerzan por ayudarles de muchas maneras.

(1) Lord Lytton, *Inglaterra y los Ingleses*, pág. 124.

(2) Véase *Este y Oeste*, editado por la condesa de Spencer.

Pero evitan dar limosnas indistintas. Sus propósitos son “ayudar á los pobres para que se ayuden á sí mismos, y elevarlos haciéndoles sentir que *pueden* ayudarse á sí mismos.” Hay lugar abundante para la filantropía en todas las clases; y es consolador encontrar señoras de alta distinción que toman parte en esta noble tarea.

Existen numerosas sociedades establecidas en estos últimos años, que proporcionan ejemplos gratos de formas de caridad más elevadas y más razonables, como también más cristianas. Las sociedades para mejorar las viviendas de las clases industriales, — para edificar baños y lavaderos, para establecer casas para obreros, marineros y sirvientes, — para cultivar los hábitos de previsión y economía en las clases trabajadoras, — y para propagar las ventajas del saber entre el pueblo, son agentes importantes de esta clase. Esto, en vez de minar los cimientos de la confianza propia, es el modo mejor y más verdadero de ayudar al pueblo á ayudarse á sí mismo, y merece toda aprobación y estímulo. Tienden á elevar la condición de la masa; son personificaciones de la filantropía en su más elevada forma, y son muy á propósito para dar buen fruto en todo tiempo.

Los hombres ricos, con la idea de la muerte ante sí están á menudo muy preocupados sobre sus asuntos de dinero. Si son solteros y no tienen herederos encuentran mucha dificultad en saber lo que han de hacer con el montón de oro que han reunido durante su vida. Tienen que hacer testamento, y dejárselo á alguien. En los tiempos pasados dejaban dinero las personas ricas para decir misas por sus almas. Quizá habrá muchos que aun lo hagan. Algunos fundaban hospicios; otros hospitales. Se dejaba dinero para distribuir limosnas entre las personas pobres, ó á personas del mismo nombre y ocupación que el difunto.

“Estas donaciones, dijo la esposa de un sacerdote de los alrededores de Londres, están causando muchísimo daño: están llevando rápidamente mendigos á la parroquia.” No hace mucho que el pueblo de Bedford fué viciado y desmoralizado

por las donaciones y beneficios que algunos hombres ricos habían dejado á las clases pobres. Dad dinero á un hombre sin que tenga que trabajar por él, y muy luego lo reclamará como un derecho. Prácticamente le prohíbe que ejercite la previsión, ó que provea contra las vicisitudes del tráfico ó los accidentes de la vida. No solamente derriba los baluartes de la independencia, sino hasta las avanzadas de la virtud.

Grandes sumas de dinero son dejadas por hombres ricos para fundar *caridades*. Desean hacer bien, pero en muchos casos causan mucho daño moral. Sus *caridades* lo son todo, menos caritativas. Destruyen el respeto propio de las clases trabajadoras, y también de clases más elevadas. "Podemos conseguir esta caridad por nada. Podemos conseguir asistencia médica por nada. Podemos hacer que eduquen á nuestros hijos por nada. ¿Por qué hemos de trabajar? ¿Por qué hemos de ahorrar?" Tal es la idea que inculca la titulada caridad. La *institución de caridad* se convierte en un asilo señorial, y se enseña lamente que podemos pasarlo mejor mendigando que trabajando.

La donación testamentaria de Esteban Girard, el rico comerciante americano, fué de un carácter muy diferente. Girard era natural de Burdeos. Huérfano en edad muy temprana, fué puesto á bordo de un buque en calidad de grumete. Hizo su primer viaje á la América del Norte cuando tenía diez ó doce años de edad. Tenía escasa educación, y únicamente un limitado conocimiento de la lectura y la escritura. Trabajaba mucho. Mejoró gradualmente en recursos de modo que pudo abrir un almacén. Viviendo en la calle Wáter, en Nueva York, se enamoró de Polly Lum, hija de un calafate. El padre prohibió el casamiento. Pero Girard perseveró, y al fin se casó con Polly Lum. Resultó el matrimonio más desgraciado. Su mujer no tenía simpatías por él, y él se hizo mal humorado, regañón, áspero de genio. Volvió al mar; y á los cuarenta años de edad mandaba una corbeta de su propiedad, y estaba ocupado en el tráfico de las costas entre Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleáns.

En seguida se estableció en Filadelfia, y se hizo comerciante.

Consagróse con toda su alma á los negocios, porque había resuelto ser rico. Practicaba la más rigurosa economía. Hacía cualquier trabajo con el cual se pudiera ganar algún dinero. Cerró su corazón á los halagos de la vida. El apetito de la riqueza parecía haberse apoderado de toda su alma. Su existencia fué una de incesante labor. Recordad que Girard era desgraciado en su hogar. Su índole hubiera podido ser dulcificada, si hubiese sido favorecido con una mujer feliz. Pasó diez míseros años con ella; y entonces perdió ella la razón. Estuvo como veinte años en el hospicio de Pensilvania, y allí murió.

Sin embargo, en Girard había algo más que dureza y aspereza. Había una profunda subcorriente de humanidad. Cuando estalló la fiebre amarilla en Filadelfia en 1793, se manifestó su naturaleza mejor. Las personas eran heridas de muerte á miles. No podían encontrarse enfermeros para cuidar á los pacientes en el hospital. Era considerado como muerte segura el atender á los enfermos.

"La riqueza no tenía poder para sobornar, ni la belleza para encantar al opresor; pues todos perecían igualmente bajo el azote de su ira. ¡Ay! tan sólo el pobre, que no tenía ni amigos ni quien le cuidara, se escurría para morir en el hospital, el hogar de los desvalidos" (1).

En aquellos momentos, cuando muchos perecían de la fiebre fué que Girard abandonó su negocio, y ofreció sus servicios como superintendente del hospital público. Tuvo á Pedro Helm por compañero. Las aptitudes de Girard para los negocios se manifestaron inmediatamente. Sus facultades para organizar eran inmensas, y muy luego se vieron los resultados de su trabajo. Principió á reinar el orden donde todo había sido antes confusión. El desaseo fué vencido por la limpieza. Donde había existido el despilfarro se hallaba ahora la economía. Donde

(1) *Wealth had no power to bribe nor beauty to charm the oppressor; But all perished alike beneath the scourge of his anger; Only, alas! the poor, who had neither friends nor attendants, Crept away to die in the almshouse, home of the homeless.*

había habido abandono, reinaba el cuidado más incesante. Girard hacía que fuese atendido debidamente todo caso. El mismo cuidaba á los enfermos atacados por la asquerosa enfermedad, servía á los moribundos, y ejecutaba los últimos servicios de bondad para los muertos. Al fin fué sofocada la plaga; y Girard y Helm volvieron á sus ocupaciones ordinarias.

Los inspectores de pobres de Filadelfia pusieron la siguiente minuta en sus libros : "Esteban Girard y Pedro Helm, individuos de la comisión, condoliéndose del estado calamitoso á que probablemente serían reducidos los enfermos por falta de personas á propósito para dirigir el hospital, ofrecieron voluntariamente sus servicios para esa benévola ocupación, y causaron una sorpresa y satisfacción que es más fácil concebir que expresar."

Los resultados de la laboriosidad y economía de Esteban Girard se pueden ver en Filadelfia, las hermosas casas residencias, hilera tras hilera, pero sobre todo en el magnífico edificio de mármol del *Colegio Girard*. Dejó la mayor parte de su fortuna para objetos públicos, principalmente para levantar y mantener una biblioteca pública y un asilo de huérfanos grande. Fué quizá recordando su propia condición abandonada, cuando se hallaba arrojado como huérfano entre desconocidos y extraños, cómo ideó su espléndida caridad para los niños pobres, desamparados y sin padres. Una de las piezas de colegio está amueblada muy singularmente. "Girard había dispuesto que una pieza conveniente se separaría para conservar en ella sus libros y papeles; pero por exceso de celo piadoso, ó temor del pariente más inmediato, fueron trasladados á esta pieza todos los efectos de este hombre de sencillos gustos caseros. Allí están sus baúles y armario para libros, su birlocho y sus polainas, sus cuadros y su loza; y en un armario para libros colgados con gracia y abandono, están sus tirantes, viejos tirantes tejidos, contando su historia de sencillez y cuidado (1)."

(1) *Gentleman's Magazine*, abril 1875, Jorge Dawson sobre *El Niágara y otros parajes*.

Uno de los hospitales más hermosos de Londres es el fundado por Tomás Guy el librero. Dicen que fué un avaro. De cualquier modo, ha debido ser un hombre económico y ahorrador. Ninguna fundación como la de Guy puede realizarse sin el ahorro. Los hombres que realizan semejantes cosas tienen que privarse ellos mismos en beneficio de los demás. Parece que Tomás Guy ha tenido desde joven proyectos de beneficencia. Primero construyó y dotó hospicios en Tamworth para catorce hombres y mujeres pobres, con pensión para cada ocupante; y con una previsión propia de su profesión, les proveyó de una biblioteca. Había sido educado en Tamworth, donde indudablemente había visto personas hambrientas y sin hogar, sufriendo la limpieza de dientes y el furor del invierno; y los hospicios fueron su contribución para su socorro. Por aquella época era librero en Londres. Guy prosperó, no tanto con la venta de los libros, como con la compra y venta de acciones del mar del Sur. Cuando reventó el globo de jabón, no tenía una sola acción; pero había realizado una ganancia de varios cientos de miles de libras esterlinas. Esta suma la empleó principalmente en construir y dotar el hospital que lleva su nombre. El edificio fué cubierto antes de su muerte en 1724.

Los bienhechores escoceses dejan en su mayor parte sus ahorros con el fin de fundar hospicios para educación. Ahí estuvo primero el hospicio Heriot, fundado en Edimburgo por Jorge Heriot, el joyero de Jacobo I, para mantener y educar á ciento ochenta muchachos. Pero habiendo aumentado en valor la propiedad del hospicio, estando edificada la Ciudad Nueva de Edimburgo sobre terrenos de Jorge Heriot, han sido muy extendidas las operaciones de la caridad; educándose ahora cuatro mil niños y niñas libre de pago, en diferentes partes de la ciudad. Ahí están también el hospicio de Jorge Watson, el hospicio de Juan Watson, el hospicio de Huérfanos, dos hospicios de Niños, el hospicio de Cauven, el hospicio Donaldson, el hospicio Stewart y el espléndido colegio Fettes (recientemente abierto) fundados todos por bienhechores escoceses, para la educación común de niños y niñas, y también para su educa-

ción superior. Edimburgo puede llamarse la ciudad de las *donaciones escolares*. Está también el colegio Madras, en San Andrés, fundado por el difunto Andrés Bell, doctor en teología; el instituto de un Peso, fundado por Juan Macrat; y el legado de Dick, para elevar el carácter y la posición de las escuelas y maestros de escuelas parroquiales, en los condados de Aberdeen, Banff y Moray. Los efectos de este último legado han sido las más saludables. Ha elevado el carácter de la educación dada en las escuelas públicas, y los resultados han sido observados en Cambridge, donde los hombres de los condados del norte han sacado las clasificaciones más altas en todos los ramos del saber.

Últimamente han seguido esta misma dirección los bienhechores ingleses. El colegio de Owen en Mánchester: la Biblioteca y Museo de Brown en Liverpool, el Beneficio de Whitworth, por el cual han sido fundadas treinta becas del valor anual de £100 cada una, para el adelanto de la instrucción técnica, y el Colegio Científico en Birmingham, fundado por sir Josias Mason, con el fin de educar á la generación actual "en conocimientos científicos, sólidos, extensos, y prácticos," forman una serie de excelentes instituciones que, así lo esperamos, serán seguidas de muchos otros beneficios parecidos. Un hombre no necesita estarse convirtiendo en polvo con el verde pasto sobre su tumba, antes que sus recursos sean aplicados á nobles propósitos. Puede hacer sus beneficios mientras vive, y ayudar al principio para realizar sus intenciones generosas.

Entre los grandes bienhechores de Londres, no puede ser olvidado el nombre del banquero americano Mr. Peabody. Ocuparía un volumen el referir sus méritos, aunque tenemos que hacerlo en un párrafo. Fué uno de los primeros en ver, ó en todo caso haber hecho enmiendas en ello, la condición de no tener casa las clases trabajadoras de Londres. En la formación de ferrocarriles subterráneos, en la apertura y ensanche de las calles nuevas, en la construcción de nuevos edificios públicos, — eran destruidas las viviendas de los pobres, y sus habitantes arrojados en masa, nadie sabe dónde. Quizá se amon-

tonaron más y engendraban enfermedades en muchas formas. Se formaron sociedades y compañías para remediar el mal hasta cierto punto. Sir Sydney Waterlow fué uno de los primeros que indicó el camino, y fué seguido por otros. Pero sólo cuando Mr. Peabody hubo dejado su espléndido beneficio á los pobres de Londres, pudieron darse algunos pasos para remediar el mal en escala grande y comprensible. Sus albaceas han levantado ya hileras de viviendas de operarios en muchas partes de la metrópoli que de tiempo en tiempo se extenderán á otras partes de la ciudad. Las viviendas de Peabody dan una muestra de lo que debieran ser las habitaciones de los obreros. Son hogares limpios, ventilados y cómodos. Han hecho disminuir la embriaguez y adelantar la moralidad. Mr. Peabody se proponía que su munificencia "mejorase directamente la condición y aumentase las comodidades de los pobres," y esperaba que los resultados serían "apreciados, no sólo por las presentes, sino por las generaciones futuras del pueblo de Londres." Á juzgar por todo lo que han hecho los albaceas, es evidente que están ejecutando fiel y noblemente sus intenciones.

Todos estos bienhechores de los pobres eran en su origen de recursos limitados. Algunos fueron algún tiempo pobres. Sir José Whitworth fué oficial ingeniero con Mr. Clement, en Southwark, el inventor de la máquina de acepillar. Sir Jonas Mason fué sucesivamente frutero, oficial panadero, zapatero, tejedor de alfombras, joyero, fabricante de anillos de acero partido (en esto hizo sus primeras mil libras esterlinas), fabricante de plumas de acero, fundidor de bronce, y trabajador de electroplastías, en cuya última ocupación ganó su fortuna. Mr. Peabody hizo su camino gradualmente, desde escribiente en América hasta banquero en Londres. Los beneficios que han prodigado fueron resultado de la abnegación, la laboriosidad, la sobriedad y el ahorro.

La beneficencia da flores que no siempre maduran y llegan á ser fruta. Es bastante fácil proyectar una empresa de beneficencia, pero mucho más difícil llevarla á cabo. El autor fué

inducido una vez á tomar parte en un asilo de marineros que se proyectaba; pero fué echada agua fría sobre el proyecto, y fracasó. Los operarios que han hecho los ferrocarriles y arsenales de Inglaterra, son una colección de seres muy trabajadores, pero muy despilfarrados. Son individuos de excelente corazón, pero á veces borrachos. Al ejercitar sus trabajos corren á menudo grandes peligros. Á veces se exponen tan seriamente por las heridas y fracturas que sufren, que suelen quedar inválidos para toda su vida. Por ejemplo, al ejecutar las obras de Mánchester, Shéffield y el ferrocarril del condado de Lincoln, hubo veinte y dos casos de fracturas complicadas, setenta y cuatro fracturas sencillas, además de quemaduras de brazos, contusiones fuertes, laceraciones y dislocaciones. Un hombre perdió los dos ojos con un tizón, y otro tuvo un brazo quebrado por lo mismo. Muchos perdieron sus dedos, pies, piernas y brazos, lo que los inutilizaba para trabajos ulteriores. Sabiendo los peligros á que estaban expuestos los trabajadores de los ferrocarriles, se le ocurrió á un difunto contratista eminente, adoptar un método para ayudarlos y fortalecerlos en sus años de decadencia. El asunto fué puesto en conocimiento del autor por su amigo el difunto Mr. Eborall, en las siguientes palabras: "Acabo de visitar á un contratista en grande, — hombre de gran fortuna; y solicita vuestra ayuda para el establecimiento de un *hospicio* para trabajadores de ferrocarriles, canales y arsenales, etc. Usted sabe que muchos de los contratistas é ingenieros, que han estado ocupados en las construcciones de ferrocarriles, son hombres que han acumulado fortunas inmensas: los ahorros de algunos de ellos llegan á millones. Bien, mi amigo el contratista encontró no hace mucho á un hombre viejo, mísero y gastado, que estaba en una zanja del camino real. "¡Qué! le dijo, ¿sois vos?" llamando por su nombre al individuo de la zanja. "Por cierto, que soy yo," contestó el hombre. "Qué estáis haciendo ahí? — He venido aquí para morir. Ya no puedo trabajar. — ¿Por qué no vais al asilo? allí cuidarán de vuestras necesidades. — ¡No! nada de asilo para mí! Si he de morir, quiero morir al aire

libre." El contratista había reconocido en el individuo á uno de sus antiguos trabajadores. Durante muchos años había trabajado para él y para otros contratistas; y mientras ellos habían estado haciendo sus fortunas, el operario que había trabajado para ellos había descendido tanto que se le encontraba muriendo en una zanja. El contratista estaba afectadísimo. Pensó en los muchos otros operarios que estarían necesitando igual ayuda. Poco después, cayó enfermo, y durante su enfermedad, pensando en lo que podía hacer por los operarios, se le ocurrió la idea de fundar un *hospicio* para los operarios de ferrocarriles, dársenas, canales y arsenales; y me ha pedido que solicite para que le ayude á usted á realizar la institución. "

Parecióle al autor un proyecto admirable, y consintió en hacer todo lo que pudiera para ello. Pero cuando fueron solicitadas las personas que más probablemente contribuirían para una institución semejante, echaron tal cantidad de agua fría sobre ello (1), que era evidente, que en vista de su oposición, no podía establecerse el *hospicio* para los operarios de ferrocarriles, etc. Por supuesto, las disculpas fueron abundantes. "Los operarios de ferrocarriles eran los trabajadores más despilfarrados. Tiraban todo lo que ganaban. Gastaban su dinero en cerveza, whisky, mujeres, mercachifles y *champagne*. Si morían en las zanjas era tan sólo su propia culpa. Podían haberse establecido cómodamente, si hubieran querido hacerlo. ¿Por qué habían de proveerles en su vejez, más que para otra clase de obreros? Allí estaba el *hospicio*; que fueran allá," etcétera. Es fácil encontrar un palo para pegarle á un perro enfermo. Por lo que hace al autor del proyecto primitivo, recobró su salud, olvidó subscribirse para el *hospicio de los operarios*, y el proyecto vino al suelo.

El diablo enfermó, el diablo arrepentido quiso ser santo, el diablo sanó, y para los pavos no había de ser santo (2). »

(1) Con una excepción admirable, un hombre de noble corazón, que aun vive, ofreció una fuertísima suma de subscripción en favor del establecimiento del *Hospicio para operarios de ferrocarriles*, etc.

(2) *The devil was sick, the devil a saint would be:
The devil grew well, the devil a saint was he.*